



Obra de tierra

Las loceras de Manicuaire

Jesús Mujica Rojas

OBRA DE TIERRA

Las loceras de Manicuaire



© Jesús Mujica Rojas
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

CORREOS ELECTRÓNICOS
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

PÁGINA WEB
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

REDES SOCIALES
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

EDICIÓN
Jesús Rodríguez

CORRECCIÓN
Francisco Romero

DIAGRAMACIÓN
Jhonn Aranguren
David Dávila

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2018000989
ISBN 978-980-14-4192-2

La **Colección Armando Reverón**

rinde homenaje a uno de los artistas más versátiles de nuestro país, cuya dilatada obra se encuentra al límite de lo telúricamente plástico, mágico, teatral y lo humanamente genial. En estas ediciones se recogen variadas y diversas propuestas en el campo de la creación artística y de la reflexión crítico-teórica, para delimitar una visión integral.

Esta colección, es en esencia punto de encuentro para las obras que se destacan por su espíritu, capacidad de conmoción y comunicación, sin detenerse en consideraciones temporales o canónicas. Punto de encuentro que garantiza el testimonio de aquellos y aquellas artistas que han permanecido al margen de los grandes debates y de los espacios concebidos por las élites, en armonía con los importantes aportes al desarrollo artístico dados por y desde la Academia. Se estructura en dos series:

Castilletes

Surge como homenaje al espacio creativo y vivencial donde trasciende la obra de Armando Reverón. Esta serie recoge y protege las voces y testimonios de quienes abordan desde el asombro y la mirada analítica, el hecho artístico, la imaginación y la inventiva del pueblo creador.

Playones

Muestra la infinidad de expresiones que desbordan por su luz y profundidad, desplegando los diversos matices que ofrecen las manifestaciones artísticas, desde las raíces más auténticas de quienes consagran sus vidas al oficio creativo.

OBRA DE TIERRA

Las loceras de Manicuaire

Jesús Mujica Rojas

COLECCIÓN
ARMANDO REVERÓN
serie *castilletes*

*La historia de América, de los Incas acá, ha de enseñarse al dedillo,
aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia
es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria...
Injértese en nuestra República el mundo, pero el tronco ha de ser
el de nuestras Repúblicas...*

JOSÉ MARTÍ. Nuestra América, México, 1881.

*Vaya este trabajo, en primer lugar, a las loceras de Manicuaire.
A Wilfredo "Cállate" Rivero, incansable Quijote y principal responsable
para que la tradición de las loceras no decayera. Al Centro Cultural Cruz
Salmerón Acosta. A Amador Rivero, pescador, salinero y sobre todo
generoso amigo, pues según su dicho:
"...no como dinero, como amistades".*

*Al pueblo de Manicuaire... A María Celina y a José Valentín,
mi primer "mapa", quien me enseñó la geografía de este hermoso país.*

PRESENTACIÓN

Las loceras de Manicuaire de Jesús Mujica

Manicuaire, solariega, de tiempo en tiempo echa al mundo seres con visiones astrales, metafísicas; hurgadores en el más recóndito lugar de la nostalgia, en el más alejado intersticio de la memoria. Allí llegó el tiempo y se albergó para siempre en el alma de sus habitantes como claroscuro de un sueño que se enciende y apaga en la sangre de recuerdos que se vuelven arcana memoria.

Manicuaire es el ser y el no ser de una ciudad que fue construida piedra a piedra, muro a muro, sequedad a sequedad, llama a llama. Sus primeros habitantes eran descendientes de las etnias indígenas que poblaron las costas del norte de Venezuela y poseían, entre muchos otros, los conocimientos sobre la elaboración de la cerámica, que tradicionalmente ha sido una labor realizada por mujeres, debido a la organización social que existía en esas sociedades, según nos da cuenta Jesús Mujica, joven investigador autor de *Obra de Tierra*, sobre la historia de las formas, técnicas y personajes que hacen cerámica en la población de Manicuaire, estado Sucre.

La referida investigación, producto de una ardua tarea de organización, clasificación y selección fotográfica, recoge el rastro y el

rostro de las loceras de Manicuare, las que amasan entre sus manos el barro y le dan vida. Sus nombres son: María Manuela Mata de Patiño, Rosa Carlota Pereda, Aleja Mata, Herminia Pereda de Mata, Laureana J. Pereda, Daría Pereda, Euladia de Mata, Santa del Valle Pereda, Aída de Rivero, Francisca Serrano, Luisa de Salmerón, Luisa Dominga Pereda...

El lector apasionado de *Obra de Tierra* podrá encontrar a estas artesanas del barro en el barrio Chorochoro de Manicuare, en la península de Araya, estado Sucre.

La nueva historiografía venezolana ha logrado desarrollos en los últimos años, ampliando sus áreas temáticas como metodológicas, alimentan hoy en día las necesidades del pueblo venezolano de conocer nuestro pasado y nuestro presente.

Taller Escuela Arte Fuego

En este orden de ideas, *Obra de Tierra* de Jesús Mujica constituye, a nuestra manera de ver, una verdadera obra que logra con una ausencia de largos y pesados textos, transmitir un conocimiento histórico determinado y sensibilizar por una vía directa a un público que, en este caso, dejó de ser un público de la cerámica para combinarse con un público de la historia.

En esta obra logramos detectar una concepción específica de la historia de las artes del fuego de la Venezuela de la primera parte del siglo XX, y eso se siente al ver la forma en que se suceden las fotos y los textos, los énfasis en ciertos aspectos y la minusvalía de otros.

Es muy estimulante que en Venezuela se comience a elaborar este tipo de trabajos, que tienen que cumplir un rol de vital importancia en el desarrollo de los estudios de las artes de fuego en Venezuela y, en el acercamiento al público, en busca de reformular peligrosos vicios arraigados desde ya muchos años en la conciencia

histórica del venezolano. Nuevas posibilidades de conocimiento y dinámicas formas de comunicación del discurso son las claves para esta aspiración.

CÁNDIDO MILLÁN

Diario *Los Andes*, Valera, domingo 28 de enero de 1990

PRÓLOGO

Somos venezolanos y a veces no nos damos cuenta de ello. Esto pareciera un contrasentido. No basta un himno y una bandera, una “noción de patria” de manuales, una cédula de identidad que nos numera y nos agrupa. A veces nos cuesta vernos a nosotros más allá de la formalidad o la costumbre. Reconocernos, entendernos.

Pero he aquí una encrucijada: venezolano el vivo “Tío Conejo”, el aprovechador, el de las trampas. Pero venezolano también, en su inmensa mayoría, el trabajador honrado, ese que con asombro y resignación ve confundido y extraviado el sentido de su venezolanidad; un ser humano íntegro, con valores espirituales manifiestos en su gran afecto y respeto hacia el hombre y la naturaleza, infinitamente solidario, de risa franca, a quien le tocó por territorio el interior de nuestras fronteras ya mestizadas.

Dentro de esta mayoría, antiguamente silenciada por el poder de los otros, existen figuras, grupos, pueblos enteros, que con su simple vida cotidiana desdibujan la fea caricatura que han hecho de nuestro país. Por su tesón, por su alta autoestima, por mirarse a sí mismos con mirada limpia, por su riqueza imaginativa, por su amor a esta tierra y gente que tienen en gracia, emergen desde sus apartados rincones de nuestra geografía clamando por una tierra, por una patria más digna, con la humanidad de los humildes.

Reivindicar a esas gentes, conocer su dimensión, su hacer cotidiano, es reivindicar los valores que hoy vemos mermados por el aprovechamiento y la usura, es mostrarnos que bajo el agua turbia corre un torrente de agua cristalina, que viene bajando silenciosa con la historia.

Los antepasados también fueron uno mismo, identificados en la tierra; como su geografía, su sangre, y saber danzas y leyendas y canciones que danzaran y cantaran quienes tenían ritmo en el nervio, y esperanza. Para no continuar siendo extranjero, palabra detestante en un mundo tan pequeño, tan de todos, tan de nadie.¹

María Manuela, Manicuare, el poeta Cruz Salmerón Acosta, son también uno mismo. Podemos reconocernos en ellos, en su huella. He aquí una muestra de esa huella, un homenaje. Más que un libro de historia o antropología es este un testimonio de un grupo de amigos que están en deuda con el azul de Manicuare, y en especial con la mirada y la sonrisa de María Manuela por la que descuidadamente le hacen versos (Ya María Manuela no sirve para nada/ solo los recuerdos, nada más quedará/.../ María Manuela llena de placer/ hoy quisiera ella volver a nacer).²

Más de noventa años en sus manos de locera; mirada memoriosa que guarda casi un siglo de historia en ella. Manicuare, el poeta, la lluvia lejana y legendaria, el barro, la loza, su rastro, su certificado de existencia.

Juan Félix Sánchez³, en el otro extremo de nuestras tierras, dice en sus capillas de piedra: “El hombre debe, aunque sea, rastro dejar”. Y él, desde el frío paramero, así como María Manuela, en su tierra seca, han dejado su rastro, sacado de la tierra misma (“nunca el hombre es más grande ni más libre que cuando ama una forma y le da vida con las manos”).⁴

Aquí Jesús Mujica, y todos los que han hecho posible este pequeño libro, le siguen el rastro y el rostro a las loceras de Manicuaré, a María Manuela, a su *Obra de Tierra*, a nosotros mismos.

JOSÉ "CHEO" CARVAJAL



LAS LOCERAS DE MANICUARE

Este cuento trata sobre la tradición de las loceras de Manicuaire, estado Sucre, península de Araya. Artesanas que guardan entre sus manos toda la tecnología y al pasado cultural de las etnias indígenas que poblaron las costas y Antillas del mar Caribe. Estos conocimientos fueron pasando de boca a oído, de generación en generación, desde el período prehispano hasta nuestros días, y hoy se nos presentan a través de las loceras de Manicuaire.

Importante lugar ocupó la mujer en la organización de las comunidades indígenas en el oriente venezolano. Sobre sus hombros descansó el sostén de la vida; la mujer era el eje de esos pueblos.

Las relaciones de producción y de vida en las culturas indígenas de América cambiaron con la llegada de los europeos. En la medida en que la colonización comenzó a recorrer Venezuela, la historia es arropada por el engaño y la traición. Sin embargo, nuestras raíces se enriquecerán con el aporte de otros grupos humanos, también oprimidos, como es el caso de los negros traídos por la fuerza de cadenas desde África, y los legados de la cultura hispana, unas veces oficialista, otras constestataria. Así fuimos convirtiéndonos en pueblos con idiosincrasia, tradiciones y formas determinadas de ser.

Las tradiciones de los pueblos indígenas fueron decayendo por la descomposición que se produjo en esas sociedades, logrando sobrevivir solo algunas. Y son precisamente estas actividades las que nos permiten establecer parámetros entre el pasado, el presente, y, por qué no, el porvenir. Es por ello que decidimos echar el cuento de las técnicas y formas de hacer la loza en Manicuaire. Es por eso que deseamos a través del relato de María Manuela Mata de Patiño, la locera más vieja de la península de Araya, recrearnos en sus versos y aprender de la alegría y esfuerzo

de esta hermosísima mujer para superarse y mantener a su extensa familia a fuerza de fabricar loza. Su vida por sí sola es admirable, pero aún más es el respeto que siente María Manuela por sí misma y el gran amor que brota de toda su humanidad cuando nos habla del barro. Ese barro que, según su propio razonamiento, “ensucia y limpia”, porque es vida.

La cerámica apareció en Suramérica hace miles de años (cinco mil aproximadamente) y, al parecer, surgió entre los pueblos que ocuparon el territorio que hoy es Colombia y Ecuador.

Los conocimientos sobre la cerámica llegaron a Venezuela alrededor de hace tres mil años. En la región de Orinoco medio (sur del estado Guárico) se ubica a las primeras comunidades que poseían las maneras de cómo hacer cerámica.

LOS QUE LLEGARON ANTES

Durante la época de los grandes glaciares, en la Era Cuaternaria, cuando la tierra estaba en constante transformación, los hombres comenzaron sus grandes migraciones; penetraron el “Nuevo Mundo” a través del estrecho de Behring, algunas veces a pie, otras navegando. Venían del noreste de la India, Malasia, China y portaban armas e instrumentos de piedra (Paleolítico inferior) cuyo uso se impuso por mucho tiempo. Todo esto sucedió hace cuarenta mil años.

A las primeras oleadas de migraciones les siguieron otras con una cultura del Paleolítico superior.

Los gigantescos vertebrados, única fuente de subsistencia de los hombres de esas épocas, migraban, y junto con ellos se desplazaban también los hombres en busca de su alimento y de mejores climas. Así se trazaron las primeras sendas por las cuales el hombre penetró este “nuevo continente”. En la medida en que estos grandes animales desaparecieron, el hombre se las fue ingeniando para sobrevivir y comenzó a escoger sitios para establecerse, se hizo recolector primero, y luego agricultor.

Durante muchos milenios recorrió el hombre este continente hasta llegar a lo que hoy conocemos como Venezuela. Veinte o veinticinco mil años de antigüedad tiene el poblamiento y evolución de las culturas que se desarrollaron en este territorio. Su caminar comenzó quizás en Chukutien, China; otros vinieron de Birmania, Indochina, la India, Japón y Manchuria.

Cuando finalizó la época de los grandes cazadores, hace aproximadamente siete mil años, las comunidades aborígenes de Venezuela buscaron los alimentos que les brindaba el ecosistema marino. Los pueblos comenzaron a formarse a orillas del mar.



La cerámica apareció en Suramérica hace miles de años, (cinco mil aproximadamente) y al parecer surgió entre los pueblos que ocuparon el territorio que hoy es Colombia y Ecuador.

En la medida en que los seres humanos iban asentando sus viviendas en pequeños y grandes núcleos, se fueron convirtiendo en sedentarios. Primero comenzaron descubriendo los secretos de las fibras vegetales para hacer cestería y poco a poco, el ser humano descubrió que utilizando la tierra, agua y fuego podía fabricar instrumentos para su desenvolvimiento diario. Las técnicas fueron desarrolladas cada vez más y los conocimientos sobre la cerámica se transmitieron a otros pueblos por la vía de las migraciones y el intercambio.

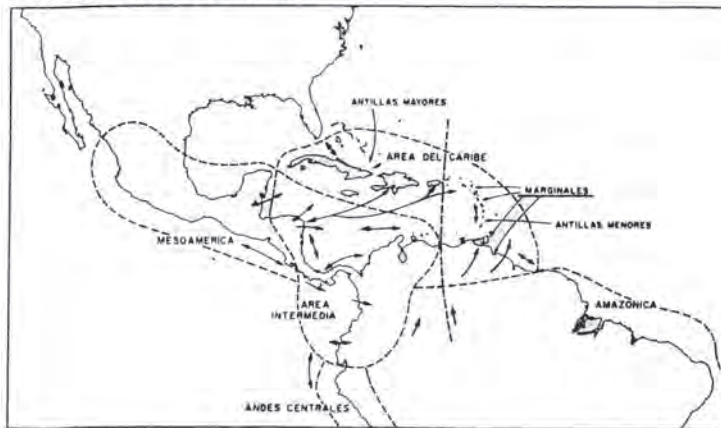
Los conocimientos sobre la cerámica llegaron a Venezuela hace alrededor de tres mil años. Es en la región del Orinoco medio (sur del estado Guárico) donde se ubica a las primeras comunidades que poseían los modos de cómo hacer cerámica. Fue desde allí, precisamente, que se movilizó un núcleo humano para poblar el norte de Venezuela, o sea, las costas de lo que hoy es el estado Sucre.

Subsistían gracias a la recolección de caracoles y la pesca, conocían la agricultura, cultivaban principalmente la yuca, fabricaban el casabe y hacían una alfarería muy hermosa. Desarrollaron la navegación y formaron pueblos. En sus andanzas llegaron a todas las costas e islas del mar Caribe.

Toda esta cultura ceramista que se desarrolló en el oriente venezolano y en las Antillas se ha extinguido prácticamente; solo se conserva en toda su dimensión en Manicuare, península de Araya, estado Sucre, donde las loceras son una manifestación plena y viva.

EPOCAS	PERIODOS			PERIODOS	FECHAS
	ISLAS	COSTAS			
INDO- HISPANO	AREA PUNTA GORDA	AREA CUMANA	AREA CARUPANO	V	1500 A.D.
	IV	MANICUARE	CARUPANO	III	1000 A.D.
				II	300 A.D.
				III	1000 B.C.
				I	3000 B.C.
PALEO- INDIO	CUBAGUA		--	15.000	

CRONOLOGIA DE LA SERIE MANICUAROID E



LOS DE ALLENDE EL MAR

Érase una vez un almirante genovés que buscando el oriente encontró, en el occidente, una tierra desconocida. Cristóforo Colombo, así le mentaban. En su tercer viaje arribó a esta Tierra de Gracia.

A la costa de Paria llegó en 1498. Una isla la creyó, sin saber que se posaba sobre la tierra firme del continente. Saltó del costillar de su nave con cincuenta soldados, tomó una espada en la mano derecha y en la izquierda el estandarte de sus reyes; en voz alta y pausada tomó posesión de esta tierra en nombre de su dios y sus soberanos.

De esta manera, los viajeros que llegaron en extrañas naves se posesionaron de las vidas, tierras y riquezas de los pueblos del continente recién “descubierto”. Progresivamente, el español, en la medida que satisfacía su sed de riqueza, introducía sus creencias, su modo de interpretar el mundo, su religión y su cultura.

La maquinaria militar que el conquistador poseía destruyó totalmente la resistencia indígena. A la acción devastadora de la espada y el arcabuz seguía la “pacificación de los frailes”; bajo el signo de la violencia se inició el mestizaje étnico-cultural.



“La primera cita histórica que se refiere a cerámica hispana importada a Venezuela se da en el relato del tercer viaje de Cristóbal Colón, iniciado en 1498. Efectivamente, el 30 de junio de aquel año, al descubrir la península de Paria que él creyó se trataba de una isla, pretendió atraer a los indios mostrándoles brillosos bacines de cerámica”...¹. Se denomina bacín a un vaso de barro vidriado que se utiliza para depositar los excrementos humanos. Así comenzaron su relación los viajeros de allende el mar, así se cambiaron bacines y espejitos por las hermosas perlas y la sal de Paria.

ARAYA

Al oeste de Paria se encuentra Araya, en ella está una salina que fue “descubierta” por Pedro Alonso Niño y Cristóbal Guerra en los últimos años del siglo XV.

La gran cantidad de indios que se podía esclavizar, las perlas, el oro y la sal encendieron la codicia de los españoles.

La Corona española, celosa del tesoro que significaban las salinas, decidió en 1622 levantar una fortaleza para proteger el preciado botín de los holandeses, que por más de medio siglo explotaron a su antojo la sal.

Con las familias de los soldados del castillo se fue poblando Araya, pero en 1762, los españoles perdieron la esperanza de seguir explotando la salina, pues esta se había inundado desde hacía treinta y siete años. Decidieron abandonarla y destruirla. La guarnición que estaba allí hizo velas hacia la plaza de Cumaná; nuestra Señora de las Aguasantas presidió el desalojo de Araya.

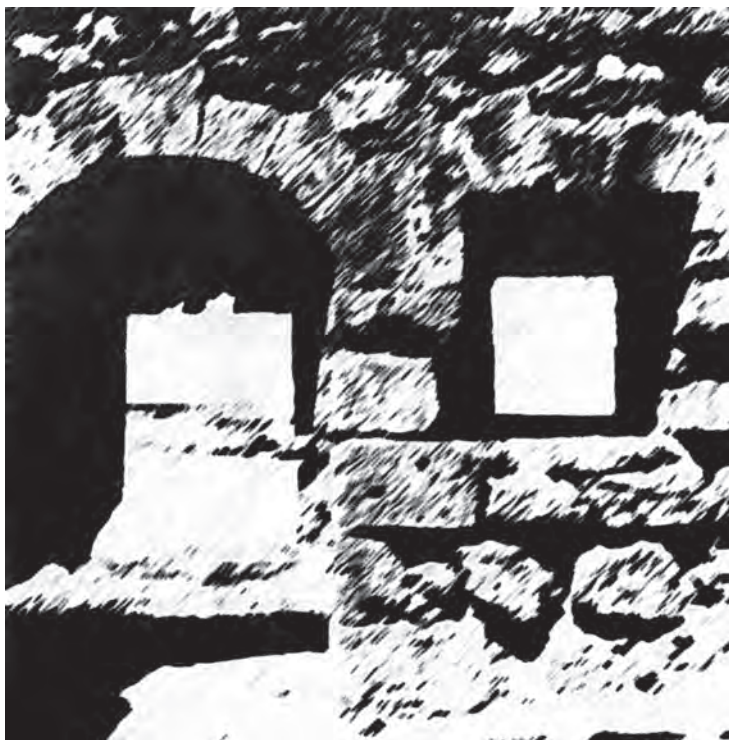
Algunos de los habitantes de Araya no quisieron dejar la región y se trasladaron a un pequeño poblado indígena, Manicuare, cercano a Araya y ubicado en las tranquilas aguas del golfo de Cariaco, más cercano a la protección que ofrecía Cumaná y mejor protegido de las incursiones de los marinos holandeses que buscaban los cristales de mar, convertidos en sal.

En Manicuare se dedicaron a la pesca de perlas, a las labores de mar y la cría de cabras como actividades fundamentales de su desarrollo económico.

Los primeros habitantes de Manicuare eran descendientes de las etnias indígenas que poblaron las costas del norte de Venezuela y poseían, entre muchos otros, los conocimientos sobre la elaboración de la cerámica, que tradicionalmente ha sido una labor realizada por mujeres debido a la organización social que

existía en esas sociedades. La fabricación de la loza ocupó un importante papel en la vida de aquellas comunidades; fue (además de la pesca y extracción de perlas) un elemento de intercambio comercial en la economía impuesta a esas sociedades que se formaron luego del violento proceso de conquista.

En Manicuaire se produjo, al igual que en toda América, un sincretismo social como consecuencia de la diversidad cultural de las gentes que componían su sociedad. A los aportes indígenas se unieron los que hicieron los españoles y holandeses, algunos de los cuales podemos percibir todavía hoy.



AZUL EL MAR

El río Manzanares se vistió de barro, latas y desperdicios; todas las cloacas de Cumanacoa a Cumaná desembocan en él.

El traje cristalino que lo engalanaba en su nacimiento, allá en el Turimiquire, se borró.

Frente al golfo de Cariaco termina su viaje y funde su barro con el azul del mar. En una de sus orillas está el oxidado astillero con sus oxidados barcos que alojan oxidadas esperanzas. Una ranchería improvisa un mercado de pescado y un destartalado muelle nos invita a subir a un “tapadito” cuyo destino es Manicuare.

Los marinos maniobran la embarcación y la popa se aleja cada vez más de Cumaná; atrás quedan el castillo de san Antonio sembrado en un cerro pelao y los verdes de la vegetación que rodean la ciudad.



Atravesamos azules, nos sentimos acompañados por graciosas toninas y la brisa marina nos trae los versos de Cruz Salmerón Acosta:

Azul de aquella cumbre tan lejana
hacia la cual mi pensamiento vuela
bajo la paz azul de la mañana,
¡color que tantas cosas me revela!
Azul que del azul del cielo emana,
y azul de este gran mar que me consuela...²

Desde el mar vamos dibujando Manicuaire, y al desembarcar, una calle larga como una anguila se traga de punta a punta el pueblo. El sol alarga nuestras sombras por la calle, besa la arena, los caracoles y corales que el mar ha botado. En aquella aridez los chivos son los reyes; los gritos y el revolotear de las alas llenan la gallera y en eso el gallo zambo espolea mortalmente a su contendor.

OCRE Y CARDÓN: LA TIERRA

Estar en Manicuaire es aprender a amar a sus gentes y esa árida franja de tierra ocre que emerge del mar.

Es convivir con la sencillez, la generosidad y la amistad. Es recrearse en los juegos de sus niños, sentirse saciado en el agua recibida y la arepa obsequiada... En fin, estar en Manicuaire es conocer al ser humano en su justa dimensión: reconciliado con el medio ambiente, transformándolo en total armonía con la naturaleza, temeroso de sus leyes y beneficiado de su generosidad.

Cuando uno se encuentra lejos de Manicuaire, siente la necesidad de volver tras sus propios pasos a esa árida pero tan querida región... Es algo así como volver al amor deseado, es percibir la sensación de que uno se sembró en esa tierra tan firmemente como un cardón.

“Las olleras de Manicuaire, célebres desde tiempo inmemorial, forman un ramo de industria que se halla exclusivamente en manos de las mujeres indias, la fabricación se hace todavía según el método empleado antes de la conquista; anuncia en ella aún la infancia de las artes y esa inmovilidad de costumbres que caracteriza a todos los pueblos indígenas de América. No han bastado tres siglos para introducir la rueda del alfarero en una costa alejada de España más de treinta o cuarenta días de navegación”.³

EL BARRO COMO APORTE CULTURAL

La península de Araya estuvo, hace mucho tiempo, sumergida bajo las aguas del mar. Emergió en uno de los tantos movimientos que tuvo la tierra, en busca de sus acomodados. Las áridas tierras de la península guardan bajo sus entrañas gran diversidad de minerales, rocas y arcillas, lo que ha permitido la utilización de estos materiales en la fabricación de la cerámica.

Las loceras de Manicuaire utilizan los elementos: agua, tierra, fuego y aire en la elaboración de sus piezas. Buscan la arcilla en las diferentes “minas” que existen en la región; se podría decir que cada locera tiene una “mina” donde se abastece de la tierra suficiente y necesaria para elaborar la arcilla, la cual es muy plástica, es decir, muy pura y necesita para su modelado, secado y cocción una cantidad de grano (piedra pulverizada) que se liga a la tierra en porción adecuada para, por medio del agua, amasar la arcilla.

Las culturas indígenas utilizaron el barro de múltiples maneras: en forma de tierras y cataplasmas de arcillas con usos curativos y medicinales y en la fabricación de instrumentos musicales; para su expresión mágica, realizaron imágenes hechas de barro; para la fertilidad, dieron forma con sus manos a las representaciones de sus deidades; también elaboraron utensilios dedicados a la preparación de pócimas y bebidas mágicas o para usos ceremoniales exclusivamente. El barro fue un medio de expresión creativa donde, si observamos los objetos rescatados por los arqueólogos, podemos apreciar una particular estética con códigos expresivos determinados, dándole un uso artístico y decorativo a sus creaciones, enmarcándolas dentro de su concepción de la vida y del universo.

El barro sirvió también para la fabricación del cobijo dentro de los adelantos tecnológicos de muchas culturas indígenas,

fundamentalmente las andinas, que conocían técnicas para elaborar viviendas utilizando el barro.

En la preparación de alimentos, además de elaborar los recipientes para la cocción e ingesta, fabricaron con el barro los grandes fogones y aripos necesarios para cocinar el pan de casabe.

Todos estos aspectos culturales y tecnológicos de nuestras culturas indígenas fueron destruidos o transformados a partir del violento contacto con los conquistadores europeos, los cuales después de “pacificar” comenzaron un proceso de conversión político-cultural en nuestra América. De allí (solo nos referimos al caso de la cerámica) que los aspectos estéticos, creativos y conceptuales del indígena fueron cambiando. El europeo, concretamente el español, consideraba herejes y como prácticas de hechicería las creaciones que a través del barro simbolizan los indígenas, lo que trajo como consecuencia la estricta elaboración de cerámica utilitaria; algunas veces se le dio usos religiosos en la fabricación de santos, candelabros y ornamentos de culto en casas e iglesias.

La fabricación de viviendas con barro recibió los aportes culturales que trajeron los europeos. Algunos usos del barro se enriquecieron, otros decayeron, sobre todo los referentes a los aspectos mágicos, artísticos y estéticos, predominando la concepción de la cerámica utilitaria.

En Manicuaire podemos apreciar que los aspectos técnicos de las etnias indígenas que poblaban la península antes de la llegada de los marinos españoles se han mantenido, casi sin variantes, entre las mujeres que día a día amasan el barro y modelan el sustento de sus familias fabricando sueños de barro con formas que nos hacen viajar en el tiempo.

Los yacimientos de arcilla están a 2.75 kilómetros al este de Manicuaire. Esta tierra es producto de la descomposición —por la acción del óxido de carbono— de una pizarra micácea teñida de rojo. Las indias se sirven con preferencia de la que contiene mucha de esta pizarra. Con gran habilidad, modelan vasijas de 60 centímetros a 1 metro de diámetro, de curvatura muy regular.

ALEJANDRO VON HUMBOLDT



LAS QUE HACEN LOZA

Ellas amasan entre sus manos el barro y le dan vida.

Ellas les dan formas a sus anhelos, a sus esperanzas.

Desde temprana edad se hacen conocedoras de todos los secretos que, de boca a oído y de generación en generación se van transmitiendo para la fabricación de la loza.

Así como los varones son iniciados desde muy pequeños en las labores del mar, la pesquería, el pastoreo de cabras y la extracción de la sal, ellas, las mujeres, son las regadoras de nuestras raíces culturales, fieles continuadoras de las artes milenarias de la fabricación de cerámica.

Sus nombres son: María Manuela Mata de Patiño, Rosa Carlota Pereda, Aleja Mata, Herminia Pereda de Mata, Laureana J. Pereda, Daría Pereda, Euladia de Mata, Santa del Valle Pereda, Aída de Rivero, Francisca M. Serrano, Luisa de Salmerón, Luisa Dominga Pereda.

El lector apasionado, el viajero incansable, el investigador de lo cotidiano, el amante de esta Tierra de Gracia, podrá encontrar a estas artesanas del barro en el barrio Chorocho de Manicare, en la península de Araya, estado Sucre.

Anímese, cruce el golfo de Cariaco y en su lomo azul viaje a las playas de Manicare.





María Manuela Mata de Patiño



Francisca M. Serrano



Aleja Mata



Aída de Rivero



Santa del Valle Pereda



Daríá Pereda



Herminia Pereda de Mata



Laureana J. Pereda

FABRICACIÓN DE LAS PIEZAS

Cuando la arcilla está moldeable, las loceras comienzan a formar la pieza. Por lo general lo hacen sentadas en el suelo y sobre un “plato corredor”, de base cóncava, el cual mueven con la mano en la medida que construyen las paredes de la pieza, la cual modelan directamente. Esto permite que la forma moldeada tenga el mismo espesor desde la base a la parte superior. Antes de comenzar a moldear, al plato se le han echado cenizas para evitar que la pieza se pegue.

Luego que las piezas están listas y un poco secas se raspan, ayudándose para ello con pedazos de tapara o un cuchillo. Al estar secas



las piezas se pulen con una piedra y se les aplica la decoración con “caliche”, que es una tierra roja o blanca que se liga con agua. También se aplica a algunas piezas el engobe, utilizando el método de inmersión, es decir, sumergiendo la pieza en un balde que contiene arcilla o caliche en forma líquida. Al secarse por completo, la pieza está lista para la quema.





En Manicuaire no se utiliza el horno (en los últimos años se ha introducido el uso de un horno que trabaja con gasoil, lo que facilita y ahorra tiempo y dinero). Las lozas se queman haciendo una especie de pirámide trunca de leña. En la base se coloca una camada de broza de coco, luego se van colocando las pimpinas, múcuras, cazuelas, etc., y se van cubriendo de leña. Los aripos se ponen al final para tapar. Se prende fuego a esta peculiar pirámide que la mayoría de las veces tiene siete camadas de leña y loza. Para la quema se escogen sitios despejados y abiertos. La dirección y velocidad del viento influyen en el quemado; la leña se va quemando por partes y en ese mismo orden las piezas de loza, las cuales son sacadas y puestas a enfriar mediante largas varas de madera. El porcentaje de piezas destruidas por la acción de la quema es muy pequeño. La operación tiene una duración de una a dos horas a baja temperatura: 600 a 800 grados centígrados, por eso se denominan como loza las piezas que se queman a baja temperatura.

**Quema de loza al aire libre realizada
por Herminia P. de Mata y Laureana Pereda**

















PROCESO DE QUEMA AL AIRE LIBRE

Como no conocen el horno, acumulan alrededor de las ollas matas de Desmanthus, Casia y Caparis arborescente, y las cuecen al aire libre.

ALEJANDRO VON HUMBOLDT

Cuando las piezas ya moldeadas, múcuras, tinajas, cazuelas, aripos, floreros, etc., están bien secas y con sus engobes (baños o aplicados de arcillas blancos y rojos) se procede a realizar la quema en un sitio despejado.

Se coloca sobre la tierra una primera camada de broza de coco y pedazos de leña, inmediatamente se comienza a colocar las piezas más pesadas o grandes, luego se colocan las piezas pequeñas. Alrededor de esta base rectangular se colocan los aripos (budares) y luego se coloca la leña, cubriendo todas las piezas y formando una especie de pirámide trunca.

Cuando la pirámide de piezas y leña está formada, se le prende fuego por uno de sus lados, teniendo cuidado de que este vaya en la dirección del viento.

En la medida que la leña se va quemando, las piezas se van cociendo, llegando a temperaturas que oscilan entre los 600 y 800 grados centígrados, adquiriendo las piezas una sólida consistencia, así como impermeabilidad. Estas quemas son de baja temperatura si las comparamos con otras técnicas de cerámicas que necesitan un mayor número de grados. Por esa razón, a las piezas que se queman utilizando esta técnica se les llama loza.

Este tipo de quema es fácil y se puede implementar en sitios que reúnan las condiciones: espacios abiertos y fácil consecución de leña. Si usted hace cerámica, entusiásmese y pruebe.













Ha concluido la quema de la loza... Las múcuras enfriarán el agua, las cazuelas cocinarán el sustento, los aripos asarán las arepas y los materos germinarán el retoño.



*En sus manos modeló su vida,
le dio vida al barro y
dignificó su condición de mujer
trabajadora.*

*En sus versos, en sus cuentos,
en su amor al prójimo y en
sus anhelos reconocemos a
tantas Marías de nuestra Venezuela.*

He aquí su testimonio de vida...

¡MARÍA MANUELA TIENE LA PALABRA!

MARÍA MANUELA

*María Manuela, ella fue oficiosa.
Desde muy pequeña estudió la loza. ⁴*

No podemos hablar de las loceras de Manicuaire sin referirnos a un singular personaje: María Manuela Mata de Patiño, la más anciana de las loceras. Nació en el año 1895. María Manuela escribe versos y es poseedora de una risa contagiosa, alegre y cantarina.

El día que la vi por primera vez, parecía que venía montada sobre la cresta de una ola, rodeada de caracoles, algas y estrellas de mar. Iba seguida de todos los niños de Manicuaire, a quienes lanzaba moneditas de chocolate y caramelos. ⁵

Su bondad, su risa y su alegre mirada me sedujeron... No recuerdo cuándo le formulé la primera pregunta, solo sé que su presencia, su cálida presencia, me hizo vivir. Me trasladó, agarrado de su mano, por el hilo con el cual el huso entre sus manos tejía estas emborronadas cuartillas que les presento:

Y María Manuela tenía tres hermanas,
a su papá lo llamaban el señor Andrés
y su mamá Eladia sonreía
al verla trabajar con tanta alegría.
Tuvo once hijos con sacrificio
haciendo loza, pasteles y chorizos.
Tiene ochenta y siete años y setenta nietos,
los que le siguen son los bisnietos.
Tengo cincuenta y cinco bisnietos,
¡los que faltan son los tataranietos

—Desde que tenía diez años comencé a hacer loza. Lo primero que hice fue un jarrito y un tío mío lo llevaba a todas partes. Hacía jarritos y él me los compraba. Yo le decía: “Esos son muy vendibles, mi tío”. Y entonces él me llamaba “vendible”.

Vivíamos de eso contentos y muy alegres. Yo levanté a mis hijos con el trabajo de la loza, fui yo, porque el marido mío de lo que se ocupaba era de la pesquería y eso no daba nada...

¡Éramos cincuenta y cinco loceras, imagínate! Toda esa calle de Chorochoro, que es el barrio donde vivimos, todas las loceras se ocupaban de hacer loza, cien palos de leña por tres bolívares. Por ese precio se los compraba, allá en Charagato, a don Juan.

Ayudaba a la tía mía, Petra Mata, cargando el barro. Lo traía y lo pisaba. Yo tenía una tendía de barro grande. La loza antes era más fuerte que la de ahorita, porque el cloro pone frágil la loza, sí señor... Las muchachas de hoy en día no se quieren ocupar de eso porque el barro las ensucia. Ensucia y limpia, ¿no es verdad?



— ¿Y cómo aprendió usted a hacer la cerámica?

—Viendo, viendo, ayudando a mi tía. Ella era hermana de mi abuelo; cuando yo nací ya ella trabajaba el barro, la hija aprendió y los nietos aprendieron también. Nada menos, Laureana Mata, trabajando la loza mantuvo a su familia.

Yo tenía dieciséis años cuando me enamoré de ese señor llamado José Eusebio Vera. Entonces él dijo que se iba a casar conmigo y habló con un tío mío, porque yo era hija natural.

Entonces el tío dijo que él no se metía con eso porque las mujeres eran muy engañosas y que tal... Entonces, el otro tío, hermano de mi mamá dijo: “Bueno, yo me voy a hacer responsable de esto”, y habló con él y respondió que sí, que se casaba conmigo. Pero la familia de él decía que no, porque yo hacía loza y fue entonces cuando saqué este verso:

Y María Manuela no fue rencorosa;
a ella la tachaban porque hacía loza.

Y María Manuela, ella fue oficiosa;
desde muy pequeña estudió la loza.

Y María Manuela ella fue aplicada;
hacía sus melcochas y sus empanadas.

Y haciendo conservas el sol se crizó
y María Manuela solita quedó.

Yo tenía un rancho que compré antes de casarme pa’ tener mis hijos, porque maíta no tuvo casa, ni se casó por culpa de sus hermanos, que no la apreciaban. Yo no, ¡yo dije que no iba a ser la querida de ninguno, que debía casarme! Aunque mi familia fuera lo que fuera. Era hija de María Mata y nieta de Manuela Brito. Me casé teniendo diecinueve años, tuvimos amores tres años, y así como una loca, yo me reía y me río bastante (risas). Bueno me casé el 28

de diciembre, y aconsejo que nadie se case inocentemente, porque fue un día fatal para mí. Mi marido fue muy bueno, porque me atendía primeramente a mi papá y a mi mamá. Yo primero le ponía el almuerzo a paíto y a maíta y él no decía nada. Por eso fue bueno, pero no trabajó para mí, ni para sus hijos.

Después, a los tres años de muerto Eusebio, me casé con Juan Francisco Patiño, un hombre que había tenido bastantes mujeres por allí. En una tenía cinco hijos, en otra cuatro más. Y él lloraba porque yo lo despedí. A papá no le gustaba, él le decía que iba a vivir de mí, de mi trabajo... y entonces le devolví las prendas, pero un compadre mío, que muerto está, me dijo: “Comadre, ese hombre llora por usted...”.

Bueno al verlo tan triste por mí me puse a pensar que él hablaba en serio sobre el matrimonio y entonces lo acepté y nos casamos.

María Manuela con su economía
compraba la loza y con eso vivía.

...Mire, una vez estuve yo enferma con este lado (señala hacia la cadera) que no podía hacer nada y así trabajaba, porque mi segundo marido, Juan Francisco, tampoco era de ninguna aspiración. ¡Figúrese que a él un amigo le ofrecía ayudarlo para poner un negocio aquí o en Cumaná y nada!... Él solo vivía pegado a una nasa ¡ve! Y yo trabajando la loza. Por cierto que todavía Feliciano me quedó debiendo veintiocho bolívares y Antoñita Gamarro, que todavía vive, también me quedó debiendo plata (risas). Ya estando enfermo mi primer marido, Eusebio Mata, yo lo mantuve haciendo loza por más de cinco meses, hasta que se curó.



Múcura y tinaja
cazuela y porrón
y María Manuela
fue de aspiración.

Vendía la loza a siete reales la docena, porque aquí se vendía la leña a tres bolívares y luego subió a veinticinco bolívares el ciento.

Por eso fue que todo el mundo dejó de hacer loza... Y Nuncia Catalina, mi hija, me decía: “¡Maíta, déjese de eso!”. Nada, yo siempre insistía en hacer mi loza... Y no la vendía cara: un florero grande costaba cinco bolívares, las cazuelas a cinco por real, una tinaja por real y medio, una docena nueve bolívares ¡Sí, señor! Un aripo costaba medio; hoy cuesta diez bolívares. ¡De modo que la que quedó haciendo loza fui yo!

Aquí se cocinaba en cazuela y se cargaba el agua en las múcuras y se echaba el agua en las tinajas para que se enfriara y en jarro de loza se hacía café y se freía el pescado en el caldero ¡Ve? Por eso la loza era tan necesaria.





Ya María Manuela no sirve para nada
solo los recuerdos, nada más quedará.

María Manuela llena de placer
hoy quisiera ella volver a nacer.

No tuvo estudio, una analfabeta
y a lo que se explica, es una poeta.

—*María Manuela, ¿usted conoció al poeta Cruz Salmerón Acosta?*

6—Bastante, muchacho, ese era amiguísimo, él se sentaba en todas las casas por de por aquí. La gente le buscaba un taburete y él prefería sentarse en el suelo, igualito que la gente del pueblo. Está muerto y yo lo quiero como si fuera hijo mío. Yo lloro cuando leo ese poema, “Azul”, ¡sí, señor! En su casa, allí en Guarataro, me mantenía yo ¿ve usted? Él cantaba mucha malagueña y era buen conversador, daba gusto oírlo. Me parece que me estoy comiendo un almuerzo cuando una persona habla tan bueno como hablaba Cruz María. ¡Aquella dulzura que tenía!

A Cruz María le gustaba jugar truco, dominó y baraja, y le encantaba criar y jugar gallos, esas eran sus pasiones.

- *¿Cómo y por qué metieron preso al poeta Cruz Salmerón?*
- Eso fue cuando la muerte del jefe civil, que tenía poquitos días de llegado a Manicuaire. Le metieron un chisme y lo pusieron en contra de Toñico (Antonio Salmerón), que por cierto llevaba catalana, que para ese entonces costaba medio, cuatro por un bolívar. Cuando él iba para abajo, el jefe civil le disparó, bueno, tuvieron sus palabras, eso fue en julio de 1914. Yo molía maíz para vender porque quería hacer de todo para ganar mis centavos. Y entonces yo estoy pilando, oigo el tiro y salí a la puerta. Fue entonces cuando vi a Toñico Salmerón que moría del tiro que le dio el jefe civil, pero Antoñico lo puyó con un cuchillo que tenía. Por allí no había nadie. La gente cuando supo del asesinato de Antoñico se amotinó y linchó al jefe civil.⁷

Ya después no vi más nada. Eso fue una cosa grande, figúrese usted que ahí, en la esquina, donde están esas matas de coco, es la casa de mi papá y allí nos metimos todos a dormir; éramos como diez mujeres. Cuando llegaron las tropas, uno de los que linchó al jefe civil se metió corriendo a la casa y llegaron esa gente dándole golpes a la puerta diciendo que si no abríamos le prendían candela. Fuimos y abrimos la puerta y registraron todo, bajo las camas; en un lote que estaba en el fondo buscaban a Eliseo Núñez. Así estuvieron varios días, arrestaban a la gente que iba a la poza a buscar agua, no dejaron hombre ni pa' remedio. A toiticos los que encontraban se los llevaban presos a Cumaná; al poeta también se lo llevaron preso.⁸

El poeta Cruz María se contagió de lepra, suspendió sus estudios en la Universidad de Caracas y se vino a Manicuaire. Su agonía fue lenta y dolorosa.

Cuando llevaron el cuerpo de Cruz María al cementerio para enterrarlo, cayó un palo de agua como nunca se ha visto en Manicuaire. Recuerdo que para esa época había una gran sequía aquí.

Él predijo la lluvia; dijo que cuando se fuera traería la lluvia, ¡y así fue! La lluvia caía por un lado y la gente lloraba por otro. Todo el pueblo lo acompañó hasta su última morada.

Los ojos de María Manuela se humedecen y a través de ellos asistimos a la escena narrada. Observamos al ataúd que lleva los restos del maltrecho poeta, navegando como barco a la deriva por encima de las cabezas de su amada gente. Es de noche y la lluvia no cesa. Al llegar al cementerio tienen que achicar la fosa pues el agua la inunda. Cuando al fin logran vaciar el hueco, el féretro baja a su definitiva morada... Todos están allí, todos lloran su inconsolable dolor. Pesadamente caen sobre el poeta las paladas de barro, el mismo que se usa para fabricar la loza. Con la última palada cesa de llover, el poeta cumplió su predicción.

AZUL



*Azul de aquella cumbre tan lejana
hacia la cual mi pensamiento vuela
bajo la paz azul de la mañana,
¡color que tantas cosas me revela!
Azul que del azul del cielo emana,
y azul de este gran mar que me consuela.*

CRUZ SALMERÓN ACOSTA

Cruz Salmerón Acosta nació en Manicuaire el 3 de enero de 1892 y murió a causa de la lepra, en ese mismo pueblo, el 29 de julio de 1919, a los treinta y siete años de edad.



La imagen del puñado de barro que María Manuela lanza sobre la tumba del poeta nos recuerda que aún tenemos algunas interrogantes que nos gustaría aclarar.

—*Volviendo a lo de la loza, ¿con qué la decoran?*

—Con un barniz que se saca en la montera. Se llama caliche. Antes compraba un cestón lleno por medio (risas). Hay caliche de color blanco y rojo, se liga con agua y se pinta la loza después que se seca, antes de cocerla. Para quemar la loza se pone abajo una capa de broza de coco, luego se colocan las pimpinas, múcuras, cazuelas, tazas, floreros... Se cubre con leña y pongo aripos (budares) para tapar. Las piezas se queman una hora más o menos.

El barro se liga así: mitad greda y tres cuartos de grano, que es una tierra clarita. Con el grano solo no se puede hacer la loza y con la greda sola tampoco, se hace pero no se cuece, se revienta al quemarla. La forma se les da a las piezas con la mano, utilizando taparas para ayudarse a hacerlas. Con piedras se pulen y se les da brillo.

En 1916 inventó el caldero
y María Manuela, ella con esmero.
Caldero de barro, le voy a explicar
y María Manuela fue de habilidad.

Porque aquí —agrega María Manuela entre carcajadas— no se hacían calderos, yo comencé a hacerlos. A mí me ha gustado trabajar para ganarme la vida y mantener a mi familia...

María Manuela, ella es muy famosa
y la solicitan haciendo la loza.

María Manuela era candorosa
y conocía de todas las lozas.

María Manuela con su disciplina
hacía porción de pimpina.

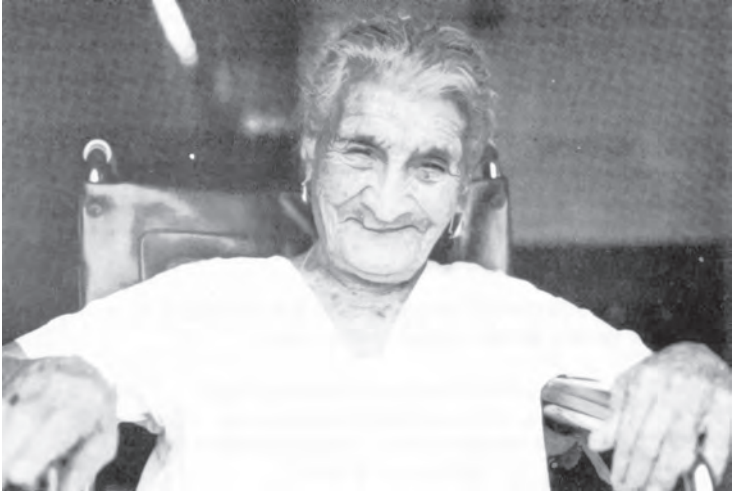
María Manuela, ella con esmero
hacía porción de materos.

La de cerámica era la mejor
porque no tenía mala intención.

María Manuela no sentía pesar
el placer de ella era trabajar.

Cuando yo tenía ochenta años me inscribí en Araya para la jubilación de la vejez. ¿Y usted sabe? No me salió la bendita jubilación esa. ¡Imagínese, no me jubilaron teniendo ochenta años! Ahora tengo ochenta y ocho (risas) ochenta y ocho años.





María Manuela, con su risa, sus versos y su amor por el producto de sus manos, la loza, me cautivó. Así como el canto de las sirenas seduce a los solitarios pescadores y los hace soñar a través del relato de sus fabulosas aventuras.

Esta conversación no tuvo principio, no tuvo final. No tuvo tiempo y, sin embargo, quedó estampada en él, así como el azul de Manicuaire se prendó de todo mi ser.

Con una taza de oloroso café y un verso a flor de labios, su voz se confundió con el viento y el mar, y de esta manera cantó:

María Manuela se encuentra dichosa
siendo buena hija y buena esposa.

Una buena hermana, una buena madre
y el pueblo lo sabe.

NOTAS

Notas del prólogo

1. Mejía Vallejo, Manuel. *La casa de las dos palmas*, Ed. Planeta Colombiana, Bogotá, 1988, p. 39.
2. De los propios versos de María Manuela.
3. Juan Félix Sánchez, arquitecto popular, utilizó la piedra para construir en San Rafael de Mucuchíes y en el Valle del Tisure (páramo merideño) sendas capillas. Tallista, tejedor, vivió en dicho valles alrededor de cincuenta años. En 1989 le fue concedido el Premio Nacional de Artes Plásticas. Falleció el 18 de abril de 1997, poco antes de cumplir noventa y siete años.
4. Fernández Chiti, Jorge. *Curso práctico de cerámica*, Tomo I, Ediciones del Taller Condorhuasi, Argentina, 1974, p. 7.

Notas del texto

1. Duarte, Carlos F. y otros. *La cerámica durante la época colonial venezolana*, Armitano Editor, Caracas, 1980, p. 21.
2. Salmerón Acosta, Cruz. "Azul", soneto.
3. Von Humboldt, Alejandro. *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*, 1797.
4. Versos de María Manuela Mata de Patiño.
5. En el homenaje público que el centro cultural Cruz Salmerón Acosta realizó a las loceras de Manicuaire en su 10º aniversario (01/08/82).
6. Cruz Salmerón Acosta nació en Manicuaire el 3 de enero de 1892 y murió a causa de la lepra, en ese mismo pueblo, el 29 de julio de 1929, a los treinta y siete años de edad.
7. Que durante los veintisiete años que duró la dictadura de Juan Vicente Gómez, el único hecho de justicia popular que se registró

en Venezuela fue el que señala María Manuela, cuyo protagonista fue el pueblo de Manicuaire.

8. Cruz Salmerón Acosta estuvo preso en la cárcel de Cumaná durante un año.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbad y Lasiera, Fray Iñigo. *Viaje de la América (1781)*, Ediciones Banco Central de Venezuela, 1974.
- Arroyo C., Miguel, Crucent J.M., Pérez Soto de Atencio, Sagrario. *Arte prehispano de Venezuela*, Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1971
- Blanco Muñoz, Agustín. *Investigación, metodología y sociedad*, Ediciones Faces-UCV, Caracas, 1981.
- Cooper, Enmanuel. *Cerámica. Enciclopedia de temas básicos*.
- Humboldt, Alejandro de. *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*, (Ed. 1941), (Traducción: Lisandro Alvarado), Caracas.
- Duarte, Carlos F. y Fernández, María L. *La cerámica durante la época colonial venezolana*, Armitano Editor, Caracas, 1980.
- Lameda, Alí. *Canto elegíaco a Cruz Salmerón Acosta*, Biblioteca de Temas y Autores Sucrenses, Colección La Torre del Timón, N° 5, mayo, 1980.
- Larrazábal Henríquez, Oswaldo. *Azul de Manicuaire*, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1971.
- . *Salmerón Acosta. Itinerario de un poeta*, Editorial Universitaria de Oriente, Cumaná, 1979.
- López Orihuela, Dionisio (Comp.). *Fuente de amargura. Poesía completa*, Ediciones de la línea Aeropostal de Venezuela, N° 6, Caracas, 1952.
- Martí, José. *Nuestra América*, México, 1981, (s.o.d.).
- Ramos Martínez, (Pbro.), J.A. *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía*, Tomos I-II, tercera edición, Editorial Universitaria de Oriente, Cumaná, 1966.
- Serrano, Antonio. *Manual de cerámica indígena*, tercera edición, Editorial Assandri, Córdoba, Argentina, agosto de 1976.

Catálogos y conferencias

- Galería de Arte Nacional y el séptimo congreso internacional para el Estudio de las Culturas Precolombinas de las Antillas Menores y del Caribe. *Nosotros, los que llegamos ayer* [Catálogo], Caracas, 1977.
- Sanoja, Mario (antropólogo). *Función de los ceramistas dentro de la historia de los pueblos americanos*, Conferencia (grabada) dictada en Manicuaire, estado Sucre, Venezuela, 01-08-81.
- Vargas, Iraida (antropóloga). *Trayectoria de la cerámica en Sudamérica*, Conferencia (grabada) dictada en Manicuaire, estado Sucre, Venezuela, 01-08-81.

Ilustraciones

Luis Amado de Sousa
Heriberto Escobar
Nunzio Cedrola
Argelia Bravo
Hector Di Donna
Ferdinand Bellermann

Fotografías

Adonis Pernia
Luis G. González
Fermín Arguello
Antonio Arguello
Heriberto Escobar
Jorge Franco

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
PRÓLOGO	17
LAS LOCERAS DE MANICUARE	21
LOS QUE LLEGARON ANTES	23
LOS DE ALLENDE EL MAR	27
ARAYA	29
AZUL EL MAR	31
OCRE Y CARDÓN: LA TIERRA	33
EL BARRO COMO APORTE CULTURAL	35
LAS QUE HACEN LOZA	39
FABRICACIÓN DE LAS PIEZAS	49
PROCESO DE QUEMA AL AIRE LIBRE	61
MARÍA MANUELA	71
AZUL	81
NOTAS	85
BIBLIOGRAFÍA	87

Edición digital
Mayo de 2018
Caracas, Venezuela



Jesús Mujica Rojas (1951)

Artista plástico, cineasta y promotor cultural. Graduado por la Escuela de Artes Plásticas y Aplicadas Cristóbal Rojas (1967); en Artes Gráficas por el Centro Gráfico del Inciba (1970); por el Instituto Universitario Pedagógico Monseñor Arias Blanco en el área del trabajo con madera (1984). Con el Perro y la Rana ha publicado *Amüchi wayuu*. La cerámica guajira (2007).

Obra de tierra. Las loceras de Manicuaire (2009) viene del fuego antiguo y de la memoria prodigiosa de los cumanagotos y chaimas, del barro y la aridez del desierto. La artesanía encuentra y reafirma su labor más legítima e identitaria de la gente de Manicuaire y la península de Araya. El libro contiene el imaginario de este proceso, su historia y la fabricación de las piezas con técnicas milenarias, a manos de mujeres caribes, constituyendo un testimonio de primer orden en el caudal cultural de Nuestra América.

SERIE CASTILLETES



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura